

La emigración afroestadounidense a México y su impacto en Estados Unidos al finalizar el siglo XIX: el caso Tlahualilo, 1895

GRISELL ORTEGA JIMÉNEZ*

CUALQUIER TRABAJO QUE SE PROPONGA analizar el proceso de construcción nacional de Estados Unidos requerirá abordar el tema de la migración. No sorprende, entonces, que el estudio de los flujos migratorios ocupe un sitio preponderante en la historiografía estadounidense. Lo que sí sorprende es que, a pesar de la exhaustiva atención brindada al tema, se ha soslayado de manera sistemática el estudio de dos ejes fundamentales ligados a los complejos procesos migratorios: la emigración y los movimientos de retorno protagonizados por la población nativa.¹ Ciertamente es que, históricamente, el ingreso de inmigrantes a Estados Unidos ha rebasado de manera abrumadora al número de emigrantes. Quizás sea precisamente debido a las bajas cifras relacionadas a la migración de salida que se ha asumido, erróneamente, que este tipo de flujos han sido simplemente eventos anecdóticos y efímeros que sólo han sido significativos a nivel individual o familiar, pero que no han tenido incidencia alguna en los grandes procesos de construcción nacional. Una perspectiva historiográfica semejante se ha adoptado en lo tocante al retorno de emigrantes estadounidenses a su nación de origen.

Sin embargo, el poco impacto numérico de ambos tipos de flujos migratorios en nada les resta relevancia cualitativa, especialmente si con-

* Dirigir correspondencia al Westhill Institute, campus Santa Fe, Domingo García Ramos 56, Lomas de Santa Fe, Prados de la Montaña, Cuajimalpa de Morelos, C. P. 05610, Ciudad de México, tel. 5588517073, e-mail: grisell.ortega@wi.edu.mx.

¹ El recuento historiográfico hecho por Roger Daniels en su artículo "Going to America: Observations on the Historiography of Immigration", da cuenta tanto de las principales perspectivas y casos que han dominado este tema como del nulo interés por incorporar el estudio de la migración de salida a este *corpus* histórico. Véase DANIELS, 1997.

sideramos que muchos desplazamientos hacia fuera de las fronteras estadounidenses han involucrado a miembros de colectividades marginadas del grupo social hegemónico.² Ante esta premisa queda claro que urge enriquecer el *corpus* académico sobre migración y construcción nacional en Estados Unidos a través del análisis de sus múltiples procesos históricos de migración y retorno. Después de todo, es bien sabido que las dinámicas internas de una nación no sólo se ven trastocadas por los foráneos que arriban sino también por aquéllos que deciden irse, ya sea de forma permanente o contemplando una eventual repatriación si así conviniese. En el caso de Estados Unidos, dada la proximidad geográfica y la intensa interacción binacional, la emigración a México resulta particularmente relevante.

Durante el último cuarto del siglo XIX, la industrialización acelerada, el crecimiento demográfico y el ímpetu imperialista que caracterizó a la denominada “Edad del Oropel” estadounidense (1870-1900) empató a la perfección con las políticas económicas porfirianas, tan receptivas a la participación extranjera, para fomentar la llegada no sólo de capital estadounidense sino también de migrantes. Dicho periodo atestiguó un notable crecimiento de la colonia de expatriados estadounidenses en la república mexicana. De acuerdo con los primeros censos de población, el arribo de emigrantes provenientes de la frontera norte se incrementó de manera sostenida a lo largo de los últimos tres lustros porfirianos, pasando de 12 108 registrados en 1895 a 20 639 anotados en 1910.³

La migración estadounidense a México durante el Porfiriato sobresalió por su carácter heterogéneo. El colectivo se distinguió por su diversidad racial, religiosa y su origen regional. También fueron diversas las formas de migrar y los tipos de migrantes que arribaron. Muchos estadounidenses emigraron individualmente, otros migraron junto con su familia inmediata y muchos otros más lo hicieron en grupo, como parte de colectividades más amplias. En cuanto a edad y sexo, la emigración estadounidense también se mostró diversa. A diferencia de otras oleadas mi-

² En este caso un *grupo social hegemónico* es entendido como el sector de la población nacional que genera, instituye e impone pautas culturales ligadas a sus propios intereses, soslayando así las prácticas y creencias de minorías sociales.

³ SALAZAR, 1996, pp. 266-269.

gratorias contemporáneas, como la que provino de China y se compuso mayoritariamente por varones, las cifras oficiales dan cuenta de un relativo balance en la proporción de hombres y mujeres que cruzaron la frontera. Los migrantes provenientes del vecino país del norte se establecieron en todas las regiones del país, tanto en contextos urbanos como rurales y se desempeñaron en múltiples ámbitos profesionales.⁴

Entre los migrantes también figuraron miembros de minorías sociales que, por diversos motivos, se encontraban marginadas del conjunto social nacional. Uno de estos casos se examinará a profundidad en este artículo: el de la emigración afroestadounidense a México. Los proyectos de emigración protagonizados por dicha minoría racial, sin duda, estuvieron conectados con la relación hostil y conflictiva establecida entre este grupo social y las autoridades estadounidenses durante la segunda mitad del siglo XIX. En parte, su carácter marginal catalizó proyectos de emigración como el de Tlahualilo, caso de estudio central en este trabajo. No obstante, se impone complementar la investigación sobre las motivaciones que empujaron a los afroestadounidenses a migrar con el análisis de los procesos migratorios completos; profundizar en el desarrollo y el desenlace de sus experiencias, hayan sido éstas exitosas o malogradas. Sólo así se revela en toda su complejidad el impacto que estos desplazamientos tuvieron en el seno del propio grupo minoritario, en la sociedad receptora y en las dinámicas internas de Estados Unidos, el país de origen.

LA EMIGRACIÓN AFROESTADOUNIDENSE

Abraham Lincoln exclamó: “Ustedes tienen que emigrar, tienen que colonizar en otras tierras, ésa es su única esperanza de encontrar libertad, paz y felicidad”. El líder de las fuerzas de la Unión había recibido a una delegación de hombres de color que pretendía convencer al dirigente de proclamar cuanto antes la emancipación de los esclavos sureños. Corría entonces el año de 1862 y en el norte todavía no se había tomado medida alguna respecto al sistema esclavista de los secesionistas. Lincoln les explicó a sus interlocutores que, si el curso de la guerra así lo exigía, la

⁴ Para profundizar en el perfil de este grupo de migrantes, véase SALAZAR, 2010, pp. 303-331.

manumisión que tanto anhelaban ocurriría tarde o temprano. Sin embargo, no vaciló en advertirles que la medida no serviría de nada para los negros pues, viviendo entre sus antiguos amos, nunca gozarían de paz y libertad.⁵

Al vislumbrarse el final de la Guerra Civil, la indiscutible derrota sureña y la inminente emancipación de cerca de cuatro millones de esclavos, la clase política estadounidense empezó a preocuparse por el futuro de la nación. En el norte, una potencial avalancha de población negra era uno de los asuntos que mayor consternación ocasionaba, pues se preveía que, una vez provistos de su libertad, los afroamericanos optarían por dejar el sur y migrar en masa hacia los estados norteros. La incertidumbre propició un debate del cual surgieron diversas propuestas encaminadas a solucionar el predicamento planteado por el denominado *Negro Problem*.

Algunos, como el comisionado representante de Kansas, James Lane, consideraban imperativo reubicar a los libertos en sitios delimitados exclusivamente para ciudadanos de color. Lane, haciendo gala del tradicional discurso paternalista anglosajón, propuso a los legisladores configurar una especie de “territorio de negros”, una reservación donde los afroamericanos pudieran estar bajo “protección” de los blancos. La necesidad de separar a blancos y negros era incuestionable desde esta perspectiva debido a que la población negra no tenía las condiciones para competir en igualdad de condiciones con los anglosajones. Después de todo, lo que se deseaba era el avance de los afroamericanos y su paulatina transformación en verdaderos estadounidenses. La concentración de la población afroamericana en espacios bien delimitados se vislumbró no sólo como una posible forma de alcanzar dicha finalidad sino también como la mejor forma de evitar el potencial mestizaje racial que daría nacimiento a una población híbrida, ilegítima e inferior, situación que el gobierno no podía darse el lujo de permitir.

Aprovechando que la secesión sureña dejaba a varios estados temporalmente fuera de la Unión Americana, Lane propuso condicionar el reingreso de Texas a cambio de la cesión de buena parte de su extensión para la formación de un nuevo territorio reservado para la concentración de todos aquellos afroamericanos que desearan migrar una vez terminada

⁵ *New Mexico Herald*, 2 de julio de 1879.

la guerra. Texas, argumentaba Lane, tenía dos características idóneas para crear oficialmente el “Territorio Río Grande”. La primera: tanto el clima como los principales productos de cultivo son apropiados para el desarrollo de la raza negra. La segunda: la cercanía con los estados fronterizos mexicanos de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila y Chihuahua fomentaría un intercambio social entre negros y mexicanos que favorecería ambiciones anexionistas estadounidenses a futuro: “It is known to us that among that people there are no prejudices against the black man, and that intermarriage is not prohibited either by law or custom [...] by intermarriage with the people of those Mexican States, and friendly intercourse with them, would so Americanize them as that they would be prepared and seek an annexation to our then glorious free republic”.⁶

Posturas más radicales proponían también una reubicación de la población negra pero sus proyectos contemplaban una movilización masiva fuera del territorio estadounidense. Haití, Brasil, Honduras, Costa Rica, Guatemala, República Dominicana y Ecuador estuvieron contemplados oficialmente como lugares de destino apropiados para la emigración de los afroestadounidenses. Los representantes que apoyaban la colonización negra en ciertos países del Caribe, Centro y Sudamérica argumentaban que esta emigración tendría un doble beneficio, pues en Estados Unidos se intuía que, al prescindir paulatinamente de la población de raza negra, la nación evitaría conflictos raciales, además de fortalecer su unidad y homogeneidad nacional.⁷

No obstante, estas propuestas quedaron relegadas para dar paso a una serie de leyes y políticas públicas orientadas a fomentar la integración de la población emancipada y sus congéneres raciales con base en la igualdad de derechos y oportunidades. Este experimento, inusitado en Estados Unidos, fue comandado por un grupo de congresistas radicales empeñados en reconfigurar las instituciones sociales y políticas de la nación. Así, entre 1864 y 1877, las autoridades federales, con el apoyo del ejército de la Unión, pusieron en marcha

⁶ Senado de Estados Unidos, 38 Congreso, 1ª Sesión, 4 de febrero de 1864.

⁷ Para profundizar al detalle en cada una de estas empresas colonizadoras, véanse DONALDSON, 2013 y GOLD, 1969, pp. 306-316.

diversas políticas encaminadas a procurar una pronta y efectiva integración de la población negra recién liberada de la esclavitud a la vida ciudadana del sur. A disgusto con los poderes locales, el gobierno federal estableció en los estados sureños escuelas exclusivas para los libertos; se encargó de los pobres, los viejos, los enfermos y los locos; fue árbitro de disputas entre blancos y negros; garantizó el trato justo y equitativo a la población negra y colocó a ciudadanos afroamericanos en puestos de poder político. Incluso se llegó a considerar el reparto de las tierras pertenecientes a las inmensas plantaciones entre la población campesina de color, proyecto que nunca llegó a concretarse. La cereza del pastel fue el otorgamiento de la ciudadanía, con todos los derechos y obligaciones que esto implicaba, a individuos de raza negra.

El panorama parecía alentador para quienes habían salido de la esclavitud, sin embargo, poco tiempo había transcurrido cuando el fracaso de las medidas que con tanto optimismo se habían puesto en marcha al terminar la guerra comenzó a hacerse evidente. Las promesas se quedaron en el aire. Después de las grandes expectativas llegó la frustración.

Simultáneamente, los derechos obtenidos se volvieron a restringir paulatinamente en cada uno de los estados con pasado esclavista gracias al aval que, indirectamente, otorgó la Suprema Corte de Justicia con sus decisiones a la promulgación de legislaciones discriminatorias. De manera gradual pero inevitable, la población afroestadounidense se vio privada de los derechos que le confería su estatus ciudadano y la vida en los antiguos estados esclavistas se tornó, de nuevo, hostil. Peor aún, al retirarse el ejército federal dicha hostilidad se manifestó, sin tener freno alguno, de forma violenta. Linchamientos y otras agresiones que los anglosajones llevaban a cabo en contra de la población negra ocurrían continuamente sin tener castigo alguno.⁸

El porcentaje de afroestadounidenses que lograron convertirse en propietarios de terrenos de cultivo fue mínimo y nunca se convirtió en una tendencia que prevaleciera. Después de 1861 la inmensa mayoría de los

⁸ Para conocer al detalle cada uno de los casos emblemáticos que sentaron precedente para coartar jurídicamente los derechos de los afroamericanos luego del periodo de la Reconstrucción, véase GOLDSTONE, 2011, *passim*.

millones de libertos se quedaron en territorios de férrea tradición esclavista, algunos se desplazaron de entornos rurales a los pocos centros urbanos de la región sureña pero la mayoría optó por quedarse en las mismas plantaciones donde habían sido explotados como esclavos, ahora en calidad de trabajadores asalariados o rentistas. Así, se constituyó un sistema agrícola que esencialmente reestableció condiciones similares a las que imperaban en la preguerra.⁹

Los pocos que se decidieron a romper definitivamente los lazos con sus antiguos patrones, emprendieron una vida independiente basada en la colonización de tierras marginales que, al carecer de potencial agrícola, no interesaban a los grandes terratenientes sureños, tales como barrancas o zonas pantanosas. Las familias que se apropiaron de estas tierras constituyeron comunidades propias, exclusivas de agricultores afroestadounidenses. “Colonias de la Libertad”, así se les denominó a estas congregaciones en las que los afroamericanos se autosegregaban deliberadamente de la sociedad sureña dominada por élites y autoridades anglosajonas. Escuela e iglesia fueron el pegamento que cohesionó a estas comunidades marginales.¹⁰

Otras regiones del país también llamaron la atención de afroamericanos descontentos con la vida que llevaban en el sur. Conforme se recorría la frontera hacia el oeste la apertura de tierras públicas para la colonización atrajo a pobladores de color que veían en estos espacios “vírgenes”, sin ninguna infraestructura socioeconómica establecida, sitios perfectos para desarrollarse exitosamente de manera soberana.¹¹

Estas movilizaciones estaban constituidas por varias familias dispuestas a establecer comunidades propias en sitios abiertos a la colonización. Algunos se desplazaron en grupos conformados por parientes y vecinos con la idea de fundar ellos mismos su propio pueblo. Otros fueron atraídos

⁹ Véase FONER, 1988, cap. 4.

¹⁰ SITTON y CONRAD, 2005, pp. 1-5 y 19.

¹¹ En general, los estudios que examinan la fundación y el devenir de colonias y pueblos afroamericanos en el oeste concluyen que en la frontera se atenuaba la discriminación y violencia racial. No obstante, también revelan que, fuera de sus poblados, los afroamericanos no lograron imponer su fuerza política a nivel local. Por ejemplo, los representantes de poblaciones anglosajonas se unieron exitosamente para coartar las aspiraciones que tenían los afroestadounidenses de convertir a sus comunidades en cabeceras de sus condados. Véase BITTLE y GEIS, 1957, pp. 247-260.

por las irresistibles promesas de compañías colonizadoras listas para hacer jugosos negocios con el deslinde y la venta de terrenos.¹²

Ante este poco promisorio panorama, hacia finales de la década de 1870, se empezó a hacer patente el interés de ciudadanos afroestadounidenses por buscar mejores condiciones de vida fuera de Estados Unidos. La American Colonization Society, longeva organización abocada a promover la emigración de población negra, empezó a recibir por vez primera cartas de afroamericanos sureños interesados en reubicarse en África.¹³ El continente africano, sin embargo, no fue el único destino contemplado por quienes planeaban migrar. México, gracias a su cercanía y a su política favorable a la colonización extranjera, llamó la atención de muchos afroestadounidenses que soñaban con establecerse en colonias agrícolas.

Estos proyectos de colonización en el extranjero estuvieron marcados por un profundo desencanto con la sociedad y la nación a la que pertenecían. La población afroamericana que se desplazó allende las fronteras pretendía satisfacer ciertas expectativas: el deseo de vivir en comunidades reservadas exclusivamente para individuos de su misma raza, contar con instituciones educativas y religiosas propias, tener la capacidad de elegir a sus propios representantes y poder acceder a puestos de autoridad dentro de sus colonias y, por supuesto, contar con la posibilidad de convertirse en pequeños propietarios.

EL ÉXODO QUE NUNCA FUE

La especulación sobre un inminente éxodo de afroamericanos fuera del sur de Estados Unidos¹⁴ se convirtió en un tema frecuentemente deba-

¹² Una migración considerable de familias afroamericanas sureñas, desencantadas con el fracaso de la Reconstrucción, se registró en los años 1879 y 1880. Los migrantes, conocidos popularmente como *exodusters*, establecieron colonias y pueblos exclusivos para residentes afroamericanos en el estado de Kansas. Para conocer a profundidad el análisis de un par de casos, el poblado de Nicodemus y la Colonia Hodgeman respectivamente, véanse HAMILTON, 1963, pp. 220-242, y HAYWOOD, 1989, pp. 210-221.

¹³ Sobre el interés de los afroamericanos sureños por emigrar bajo el auspicio de la American Colonization Society al finalizar el periodo de la Reconstrucción, véase FONER, 2005, cap. 7.

¹⁴ Para efectos de ubicación geográfica, basada en la división política actual del país, el sur de Estados Unidos está conformado por los siguientes estados: Florida, Georgia, Maryland, Carolina del Norte, Carolina del Sur, Virginia, Virginia Oriental y Delaware, en la zona contigua al océano Atlántico, además de Alabama, Kentucky, Mississippi, Tennessee, Arkansas, Luisiana, Oklahoma y Texas.

tido por la opinión pública estadounidense durante el último cuarto del siglo XIX. El asunto preocupó también a los actores políticos de la nación, quienes expresaban opiniones encontradas al respecto. Algunos gobernadores y representantes, los menos, anhelaban el éxito del desplazamiento voluntario de afroestadounidenses, en especial si su destino se encontraba fuera de territorio nacional. La mayor parte de la clase política norteamericana, sin embargo, temía el impacto catastrófico que tendría tal emigración masiva no sólo para la producción regional sureña sino para la economía nacional en su conjunto.

Los rumores de una potencial inmigración masiva proveniente del sur estadounidense propiciaron también un candente debate en la prensa mexicana. En el debate sobre el tema, tanto la opinión pública católica como un sector de la liberal, el que se manifestaba en publicaciones independientes como *El Monitor Republicano* o *El Diario del Hogar*, expresaron en la prensa los motivos por los que se oponían tajantemente al establecimiento de población de raza negra, en general, en el país. El periódico oficialista *El Siglo Diez y Nueve*, en contraparte, se convirtió en defensor a ultranza de la llegada de inmigrantes de color.

La mecha se encendió a finales de 1889 cuando la prensa de ambos países hizo público que dos afroamericanos habían presentado formalmente ante el gobierno de Díaz un proyecto de colonización con negros texanos.¹⁵ La polémica llegó a su clímax cuando, en noviembre de 1889, se dio a conocer que el Congreso mexicano había aprobado la realización de un contrato entre el ministro de Fomento Carlos Pacheco, en representación del Ejecutivo federal, y los empresarios Henry C. Ferguson y William H. Ellis para establecer colonias agrícolas, mineras e industriales, formadas por familias afroamericanas, en los estados de Veracruz, Oaxaca, Guerrero, Michoacán y San Luis Potosí.¹⁶

En cuanto salió a la luz el plan colonizador, la prensa texana se dio a la tarea de averiguar quiénes eran los instigadores del proyecto. Henry Ferguson era inspector de policía en Richmond, asiento del condado de Fort Bend, Texas. Su hermano también trabajaba para la administración

¹⁵ *The Rocky Mountain News*, 12 de octubre de 1889.

¹⁶ *El Monitor Republicano*, 14 de noviembre de 1889.

local como contador. A mediados de 1889, los Ferguson, junto con otros afroamericanos, fueron suspendidos de sus cargos arbitrariamente por un grupo de anglosajones. Según las propias declaraciones de Henry Ferguson, la indignación que le provocó este injusto hecho racista fue motivación suficiente para concebir su proyecto de colonización en México.¹⁷

El aliado de Ferguson, William Ellis, también era texano. Nativo de Victoria, un pequeño poblado del sur de Texas, Ellis trabajó como asistente de un comerciante de pieles. Su empleo lo llevó a comerciar al sur de la frontera. Gracias a su dominio del castellano y a que su tono de piel era considerablemente claro para un afroamericano, Ellis pudo relacionarse de manera fluida con los mexicanos. Su familiaridad con el contexto norteamericano, sin duda, le hizo percatarse de algunas similitudes que compartían las zonas que visitaba con sectores del sur estadounidense, particularmente las relativas a la producción agrícola de algodón. Además de ser un hábil comerciante en ambos lados de la frontera, Ellis también fue un entusiasta activista político interesado por mejorar las condiciones de vida de la población estadounidense de color. Su participación en convenciones nacionales no sólo le dio cierto reconocimiento y prestigio público sino también lo puso en contacto con diferentes propuestas que pretendían solucionar de manera práctica el malestar social de la población afroamericana, entre ellas la de la emigración fuera de Estados Unidos.¹⁸

El debate binacional sobre el posible desplazamiento masivo de afroamericanos a México se desarrolló en torno a dos aspectos a partir de los cuales se evaluaron, desde las diversas perspectivas de todos los interesados, los costos y beneficios del flujo de población en cuestión: raza y habilidades laborales.

Sin duda, las consideraciones raciales fueron las que predominaron y marcaron el curso de la polémica. No sólo entraron en juego estereotipos físicos sino también atributos morales que se asociaban en la época con la raza negra. Así, la potencial migración a México no era vista con ma-

¹⁷ *The Galveston Daily News*, 20 de junio de 1889.

¹⁸ JACOBY, 2004, pp. 210-214.

los ojos por un sector de la opinión pública sureña. Según este punto de vista, los individuos más propensos a ser reclutados por agentes colonizadores eran justamente los elementos más nocivos de entre la población negra. Algunos texanos anglosajones, convencidos de que los gobiernos locales de condados poblados en su mayoría por afroamericanos estaban marcados por la corrupción, la mala administración y el atraso, anhelaban el éxito del proyecto Ferguson-Ellis pensando en mermar estas concentraciones de población negra y facilitar su control político por parte la minoría blanca.¹⁹

Este argumento tenía incluso partidarios afroamericanos. *The Plain Speaker*, un semanario publicado por negros de Carolina del Sur, consideraba innecesario discutir el tema de una posible migración negra organizada a México ya que aseguraba que los afroamericanos industriales y trabajadores, aquéllos que habían logrado ahorrar, comprar tierras, establecer negocios y construir escuelas para sus hijos, no emigrarían y que, por el contrario, vivirían y morirían en el soleado sur. Quienes decidieran emigrar serían los flojos y vagos que buscaban mejorar sus condiciones sin tener que esforzarse.²⁰

Por su parte, las voces mexicanas que se alarmaban ante el hipotético éxodo negro tenían otras preocupaciones. Aceptar inmigrantes de raza negra era un peligro. Su asimilación a la sociedad mexicana sería contraproducente en términos de mestizaje. Peor aún, la integración de estos extranjeros tampoco redundaría en ejemplos edificantes que estimularan el adelanto de los nativos retrógrados ni aportaría ningún conocimiento valioso para el progreso de la nación.

El discurso oficial, en contraparte, intentó convencer a la opinión pública de los beneficios que implicaría para el progreso nacional la llegada de colonos negros provenientes de Estados Unidos. El argumento principal, que se enfocaba en resaltar las cualidades físicas de los individuos de raza negra, planteaba que había zonas despobladas del país que sólo inmigrantes afroamericanos podrían hacer productivas. De manera paralela se enfatizaba la fortaleza y resistencia superior que caracterizaba a

¹⁹ *The Galveston Daily News*, 14 de octubre de 1889.

²⁰ *The Galveston Daily News*, 21 de septiembre de 1889.

los negros y se exageraban las características negativas de los sitios donde se planeaba ubicar a los recién llegados. Un editorialista de *El Siglo Diez y Nueve* afirmó tajantemente: “Nadie quiere ir a nuestras tierras calientes a entregarse a las niguas, turicatas, alacranes y toda especie de animales [...] nadie quiere salir al encuentro de la fiebre amarilla, de las perniciosas, de las disenterías, de las intermitentes; ¡sólo los negros! [...] Nuestra riqueza agrícola se halla en las regiones mortíferas; el capital para extraerla está viniendo; ¡faltan brazos! Los negros se atreven, pues que vengan los negros”.²¹

Para las voces que apoyaban la llegada de colonos afroamericanos a México parecía claro que sólo la población negra podía tener éxito garantizado colonizando y explotando las regiones más extremas del país: “La raza negra es la única, por su origen africano, por el vigor de su organismo, la riqueza de su sangre, la resistencia de sus músculos que puede desafiar las enfermedades y obstáculos naturales y climáticos de esas regiones”.²² Siguiendo esta lógica, el agricultor afroamericano establecido en estos supuestos territorios adecuados a su perfil racial no sólo haría producir más y mejor tierras poco aprovechadas sino que, además, no significaría una competencia para el trabajador mexicano, como aseguraban las voces contrarias a la llegada de población negra al país.

Para quienes se negaban rotundamente al arribo de población de raza negra este argumento no resultó del todo convincente y las plumas más conservadoras no tardaron en replicarlo. En el artículo “Invasión africana”, un editorialista del diario *El Tiempo* afirmó con un convencimiento absoluto que los colonos afroamericanos “se enfermarán y morirán lo mismo que los demás colonos no nacidos bajo el sol abrasante de nuestras costas en la tierra caliente”.²³ Este escritor consideraba que los negros de Estados Unidos habían perdido las cualidades propias de su raza.

El negro que pretendía establecerse en México no era “el vigoroso y primitivo hombre de la ardorosa África, dúctil y maleable, que se puede educar como se quiera y convertirlo en ciudadano útil; sino el corrompi-

²¹ *El Siglo Diez y Nueve*, 18 de octubre de 1889.

²² *El Siglo Diez y Nueve*, 7 de noviembre de 1889.

²³ *El Tiempo*, 3 de octubre de 1889.

do, afeminado y vicioso habitante del sur de los Estados Unidos, africano nada más por su color, pero no por sus cualidades [...]”.²⁴

La raza, sin embargo, no fue la única variable debatida en esta polémica. Las reflexiones sobre las capacidades laborales de los potenciales migrantes y las consecuencias económicas que su desplazamiento tendría sobre los países de emigración y destino fueron constantes.²⁵

Buena parte de la clase política y terrateniente de los estados sureños, donde surgieron movimientos que alentaban la migración de afroestadounidenses a México, se preocupó por las repercusiones que conllevaría tal movilización de población. Sin duda, la salida masiva de trabajadores agrícolas afectaría la producción y, ante este malhadado panorama, muchos anglosajones optaron por publicar en la prensa advertencias sobre el terrible destino que esperaba a los afroamericanos que decidieran establecerse en México.²⁶ Incluso, líderes afroamericanos de opinión como Richard Nelson, editor del diario texano *Freeman's Journal*, aconsejaron públicamente a los trabajadores agrícolas de color no migrar a México puesto que, debido a la naturaleza propia de los negros sureños, quienes no podían resistirse a vivir endeudados, su inevitable destino en el sistema agrario mexicano era un retorno a la esclavitud por deuda.²⁷

En México también se ponderaron las implicaciones económicas de la introducción de agricultores negros. Los colaboradores de *El Siglo Diez y Nueve*, por ejemplo, se empeñaron en demostrar que los trabajadores afroestadounidenses que llegarían a México poseían conocimientos y habilidades de las que su contraparte mexicana carecía. De este modo se pretendía justificar el gran potencial que estos inmigrantes tenían para contribuir al progreso nacional. En este discurso, el negro sureño aparece configurado como diestro cultivador de ciertos productos, operario experto de maquinaria e instrumentos complejos y un trabajador laborioso.

²⁴ *El Tiempo*, 5 de febrero de 1895.

²⁵ Estas tres variables también fueron observadas y analizadas por Marta María Saade en su investigación sobre la inmigración de afroestadounidenses en un contexto posterior al estudiado aquí. Véase SAADE, 2009, *passim*.

²⁶ *The Galveston Daily News*, 4 de marzo de 1895.

²⁷ *The Galveston Daily News*, 24 de agosto de 1889.

Los inmigrantes afroamericanos serían también elementos benéficos para la sociedad mexicana, como un ejemplo a seguir. Se preveía que la convivencia cercana y cotidiana entre negros y peones en los campos de cultivo adiestraría a los nativos en métodos y prácticas modernas de producción.

Probablemente el argumento más recurrente a favor de una inmigración afroamericana a México era la histórica vinculación de dicha población a la producción de algodón. Los planteamientos pro inmigración negra consideraban la potencial persuasión de sembradores afroamericanos a establecerse en la parte norte de México como una “bendición para los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila”. Esta fortuna no tardaría en rendir dividendos para la economía nacional en su conjunto ya que se proyectaba que en pocos años el país cosecharía bastante algodón no sólo para surtir a las fábricas mexicanas sino incluso para exportar a los mercados europeos.²⁸

En cabal correspondencia con esta visión, los empresarios colonizadores no dudaron en utilizar esta asociación para configurar una imagen positiva del inmigrante de color. Ferguson prometía llevar a cabo una migración selectiva en la que sólo aceptaría como colonos a los honestos, trabajadores, sobrios y hartos de vivir en un país donde la guerra racial obstaculizaba su progreso.²⁹ Esta estrategia sirvió también para enunciar, de manera precisa y explícita, la contribución que colonizadores afroamericanos aportarían al desarrollo de México como nación. Según elucubraciones de William Ellis:

If we can find a proper location in the cotton growing belt of Mexico this will soon be a cotton exporting country instead of an importer of the staple. Many farmers and laborers from Louisiana and Mississippi will join us, and as there is not that prejudice in Mexico against colored men that there is in the United States, I have no doubt we will have at least 200 families pledged to the movement. Each family will consist of from five to seven persons who are the best cotton raisers in the world; you will see we will be a very valuable contingent in Mexico's resources.³⁰

²⁸ *El Siglo Diez y Nueve*, 16 de julio de 1889.

²⁹ *The Galveston Daily News*, 20 de junio de 1889.

³⁰ *The Galveston Daily News*, 30 de junio de 1889.

A pesar de las posiciones encontradas entre quienes se oponían a un flujo migratorio de afroamericanos hacia México y aquéllos que lo favorecían, existe un punto sensible de coincidencia entre los discursos de todos los participantes en la polémica. Entre tantos argumentos en pro y en contra de la cuestión, la polémica nunca llegó a esgrimir posiciones críticas sobre la vida que llevaban los afroamericanos en el sur estadounidense luego del periodo de la Reconstrucción. No se llevó a cabo un análisis socio-histórico de fondo encaminado a contextualizar y entender las múltiples motivaciones que impulsarían un éxodo de tales características. Jamás se discutió la violencia cotidiana que sufrían los afroamericanos a manos de los blancos, ni las políticas locales racistas que prácticamente negaban por completo a la población negra la posibilidad de convertirse en pequeños propietarios o de participar activamente en el liderazgo político de sus respectivas comunidades. En definitiva, la intención manifiesta por parte de algunos afroamericanos por reubicarse lejos de los estados sureños no suscitó grandes controversias respecto a la segregación, la discriminación y el abuso racial que prevalecía en buena parte de Estados Unidos.

Al final, los argumentos no pasaron del papel pues los empresarios nunca lograron organizar el contingente de colonos que prometieron. En 1891 el gobierno de Díaz retiró las concesiones otorgadas a la dupla texana y se rescindió el contrato por incumplimiento.³¹ Tanto se había discutido en vano sobre el supuesto “inminente éxodo” de afroamericanos sureños que poco ruido hizo el nuevo proyecto de emigración en el que William Ellis se embarcó a finales de 1894. En esta ocasión la empresa en la que se involucró el agente texano estaba en manos de intereses particulares; es decir, a diferencia de lo ocurrido en 1889, el gobierno de Díaz no tenía una participación directa en el plan.

En realidad, esta nueva aventura era completamente distinta al frustrado intento colonizador de años atrás. Ellis no llevaba las riendas de la operación, su rol se limitaba a ser un simple intermediario. Se convirtió en empleado de la Compañía Agrícola, Industrial y Colonizadora Limitada de Tlahualilo y su labor consistía en contratar familias afroamericanas

³¹ *Los Angeles Herald*, 18 de septiembre de 1891.

dispuestas a emigrar en calidad de trabajadores agrícolas calificados y asentarse en los terrenos que dicha compañía poseía en Durango.

DESVENTURA AFROAMERICANA EN TLAHUALILO

A finales de 1894 circuló entre la población afroestadounidense de Georgia y Alabama un folleto propagandístico que aseguraba presentar “la mejor oportunidad jamás ofrecida a la población negra en Estados Unidos”. El persuasivo texto, elaborado y difundido por la Mexican Colonization Company, exhortaba a los lectores a migrar hacia México, “mejor conocido como el país de Dios y Libertad”.³² Por medio de este llamado, dicha compañía colonizadora pretendía atraer a familias interesadas en reubicarse en Durango para establecerse y trabajar en terrenos de la innovadora Compañía Agrícola, Industrial y Colonizadora Limitada de Tlahualilo.

El caso Tlahualilo no sólo es representativo de la emigración afroestadounidense a México, cuya constante, en otros procesos semejantes ocurridos antes y después de éste, ha sido su carácter efímero y fallido, sino también es en extremo relevante debido a la amplia gama de fuentes que documentan su desarrollo. En el caso de la emigración afroestadounidense, un estímulo mayúsculo para incitarla fue la promesa de vivir en un país cuyas leyes establecían la libertad e igualdad de todos los ciudadanos sin distinciones raciales y cuyo territorio ofrecía la posibilidad de adquirir terrenos baratos en regiones poco pobladas, situación que no sólo permitiría a los emigrados lograr el anhelado sueño de convertirse en pequeños propietarios sino también constituir comunidades propias con cierta autonomía.

El panfleto propagandístico que exhortaba a emigrar a Tlahualilo aseguraba que la compañía necesitaba desesperadamente manos para cultivar las fértiles tierras de su hacienda y que prefería contratar a la gente de color antes que contratar a chinos e italianos. El empresario de emigración recurrió a todo tipo de argumentos para atraer colonos. Por principio, enfatizó el hecho de que la grandiosa república mexicana, mejor conocida como “el país de Dios y Libertad”, ofrecía el mismo trato a todos sus

³² Casa de Representantes, 54 Congreso, 1ª Sesión, Documento 169, p. 59.

ciudadanos, equidad de derechos sin ningún tipo de distinción, incluida la racial. Queda patente la importancia primordial que tenía para los emigrantes establecerse en un lugar que garantizara su seguridad y el respeto de sus derechos civiles.

Emplearse en Tlahualilo era el paso principal para alcanzar estas metas. La compañía ofrecía un contrato laboral por dos años con opción a renovarse. Entre otras cosas se comprometía a pagar el pasaje de los colonos, pero éstos subsanarían este gasto con parte de su producción de algodón durante los primeros dos años de trabajo. Asimismo, se obligaba a proveer una vivienda para cada familia, herramientas de labranza, semillas, animales de trabajo y agua de riego proporcional a la superficie de tierras cultivadas. El costo correspondiente a los alimentos y medicinas que la compañía proveyera a los recién llegados sería deducido de la cosecha anual.

Entre las obligaciones que la compañía adquiriría con los afroamericanos es relevante destacar la dotación de terrenos para que ellos construyeran escuelas e iglesias propias. Por supuesto, se les otorgaba la libertad de elegir colectivamente la denominación religiosa de su predilección y seleccionar al pastor de su preferencia.

A pesar de que el trato entre los interesados y la compañía se limitaba a ser un acuerdo de trabajo temporal, el texto propagandístico aseguraba que en Durango se podían comprar tierras por un precio tan bajo que resultaba más costoso fertilizar un acre en Alabama y Georgia que adquirirlo en dicho estado mexicano. Se infiere, entonces, que las expectativas al mudarse a México giraban en torno a un eventual cambio de trabajador agrícola a pequeño propietario.

No cabe duda de que estos argumentos fueron exitosos, pues, a lo largo de febrero de 1895, varios cientos de individuos hicieron el viaje en ferrocarril de Alabama a la Comarca Lagunera. En total, unas 145 familias afroamericanas, 816 inmigrantes, se instalaron en la Hacienda de Rozas, uno de las muchas propiedades que pertenecían al poderoso consorcio agroindustrial. Para su infortunio, el entusiasmo duró poco.

El descontento de los emigrantes se suscitó poco tiempo después de haber llegado a su destino. Las quejas fundamentales se refirieron a la magra dieta y al precario tipo de vivienda al que tuvieron acceso. Los

afroamericanos manifestaron también su enojo por el maltrato que recibieron a manos de capataces mexicanos, quienes, a su entender, pretendían explotarlos en beneficio de la compañía. Tremendas enfermedades gastrointestinales y una epidemia de viruela atacaron a los afroamericanos, ocasionando la muerte de muchos. Ante tal panorama, los supervivientes optaron por huir de la hacienda duranguense y presionar al gobierno estadounidense para que los repatriara. Para mediados de julio los colonos huyeron en desbandada. A excepción de sesenta individuos, quienes decidieron quedarse en Tlahualilo y completar el contrato que habían hecho con la compañía, las familias de afroamericanos iniciaron lo que se convertiría en un largo y tortuoso retorno a Georgia y Alabama.

Los desilusionados inmigrantes se trasladaron como pudieron —muchas veces recurriendo a la caridad de los mexicanos con quienes se encontraban en el camino— a Torreón, el centro ferroviario de importancia más cercano a la hacienda y sede de un consulado americano encabezado por Lenius F. Poston. Los primeros en llegar solicitaron de inmediato ayuda para las familias que venían detrás. El 19 de julio de 1895, cuatro afroestadounidenses arribaron a Torreón y de inmediato formaron un comité. Se presentaron ante el cónsul y presentaron una petición oficial de ayuda para 125 ex colonos que se encontraban varados, sin recursos siquiera para comer, en la estación ferroviaria de Mapimí.

De la noche a la mañana, el cónsul se encontró con cientos de compatriotas afroestadounidenses tocando a su puerta en demanda de socorro incuestionable e inmediato. Convencidos de que, dado su estatus de ciudadanos estadounidenses, el gobierno de su nación de origen tenía obligación de apoyarlos con su repatriación, los miembros del maltrecho grupo se apostaron en la ciudad esperando el auxilio oficial.

Los informes confidenciales de los cónsules de Chihuahua, Torreón, Durango y Piedras Negras, así como los alarmantes relatos que habían salido a la luz pública en la prensa, obligaron al Departamento de Estado a tomar cartas en el asunto Tlahualilo. Sin tiempo que perder se giraron órdenes a E. C. Butler, encargado de la Legación de Estados Unidos en México, para que organizara de inmediato una puntual investigación sobre las acusaciones de abusos supuestamente cometidos por

la compañía de colonización mexicana contra el grupo de ciudadanos afroamericanos.³³

Se designó a Charles Paul Mackie, un neoyorkino descrito por el representante consular como un inteligente y astuto caballero, para conducir el sondeo en la hacienda. En su reporte, Mackie aseguró que las condiciones de vida, las instalaciones y los alimentos ofrecidos por la compañía a los trabajadores concordaban con lo prometido en el contrato. Exonerando a la empresa mexicana, concluyó que el disgusto de los afroamericanos radicaba en una errónea idealización de su migración a México y que, al no cumplirse sus expectativas de bonanza económica inmediata y sin tener que realizar esfuerzo alguno, los emigrantes habían mentido sobre el maltrato padecido.³⁴ Cabe mencionar que una investigación similar fue inmediatamente ordenada en paralelo por las autoridades mexicanas. El dictamen final presentado por el Dr. Felipe Suárez, agente del Consejo Superior de Salubridad, coincidió plenamente con su contraparte estadounidense: el fracaso se había debido a los malos hábitos inherentes a la gente de raza negra y a su poca capacidad de incorporar prácticas de vida “civilizadas”.³⁵

Al concluir que no había prueba alguna de negligencia, abuso o explotación de la compañía mexicana en contra de los afroamericanos, el gobierno estadounidense quedaba exento de auxiliar a los emigrantes caídos en desgracia, aun cuando éstos fueran ciudadanos norteamericanos. El Congreso de Estados Unidos respondió en estricto apego a la ley, misma que sólo aprobaba la dotación de fondos para repatriar a marineros varados en el exterior. Los ciudadanos que optaran por emigrar del país no contaban con tales prerrogativas. Tradicionalmente, los migrantes estadounidenses que necesitaban ayuda en el extranjero tenían que recurrir a la benevolencia de otros compatriotas. Los afroamericanos que tomaron la decisión de probar suerte en México tenían que afrontar las consecuencias de su fracaso y encontrar la forma de regresar a Estados Unidos por sus propios recursos.

³³ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 5, 17 de junio de 1895.

³⁴ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, pp. 6-10, 22 de junio de 1895.

³⁵ Archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Embajada de México en Estados Unidos, t. 441, fs. 467-471, 9 de noviembre de 1895.

Esta postura fue secundada por los cónsules de Torreón y Durango. Para J. C. McCaughan, cónsul estadounidense en Durango, no estaba en duda que era deber del gobierno procurar el cumplimiento de los derechos de sus connacionales fuera de sus fronteras. No obstante, también concordaba en que aquellos ciudadanos estadounidenses que optaban voluntariamente por salir de sus lugares de origen, como había sido el caso de las familias que fueron a Tlahualilo, tenían que atenerse a las consecuencias y valerse por sus propios medios en caso de correr con mala fortuna. Después de todo, en su lugar de origen los afroamericanos gozaban de las instituciones de beneficencia y podían solicitar ayuda gubernamental en sus propios condados; una vez fuera de su país habían perdido tales prerrogativas.

En su opinión, el Congreso actuaba de manera justa pues, de acceder a pagar el retorno de los ex colonos, agravaría al resto de contribuyentes cuyos impuestos tenían por objetivo beneficiar a la sociedad estadounidense en casa y no mantener a aventureros en tierras extranjeras. En una nota personal, aconsejaba a su colega en Torreón que los cónsules deberían responder a todos los estadounidenses que les reclamaban encolerizados y resentidos la falta de ayuda gubernamental, que eran ellos los que tenían la obligación ciudadana de conservar el amor por su patria. McCaughan daba a entender que, a su juicio, quienes decidían dejar su nación fallaban a este deber cívico.³⁶

Así, a pesar de las expectativas de los emigrantes, quienes estaban convencidos de que su ciudadanía les confería el derecho a ser repatriados a costa del gobierno estadounidense, y de sus esfuerzos por hacer valer tal beneficio, el Congreso mantuvo en todo momento su postura de negar cualquier tipo de ayuda pecuniaria a los colonos. No obstante, para sorpresa de quienes entendían la clara lógica legal del gobierno, las demandas de los afroamericanos no cesaron ante tan válidos argumentos; por el contrario, se intensificaron. Hicieron peticiones oficiales a los representantes de sus localidades de origen, quienes intercedieron ante ellos en Washington, sin mucho éxito. Algunos de los primeros colonos que pudieron repatriarse se acercaron a agrupaciones de afroamericanos,

³⁶ J. C. McCaughan a L. F. Poston, 19 de julio de 1895, en "Failure of the Scheme for the Colonization of Negroes in Mexico", Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, pp. 16 y 17.

quienes denunciaron la situación de sus congéneres y acusaron al gobierno estadounidense de discriminar a los migrantes por motivos raciales.³⁷

Quizás la forma más efectiva que encontraron los colonos de Tlahuacillo para llamar la atención del gobierno estadounidense fue difundir su historia en la prensa, en particular la del sur y el oeste del país. Wyatt Lang contó a un reportero que los agentes de colonización le habían prometido, entre otras cosas, que se les adelantaría dinero en efectivo siempre que lo solicitaran, que se les darían los mismos alimentos que acostumbraban comer en Estados Unidos y que se les dotaría de buenos animales e instrumentos de trabajo. Lang comenta que, en efecto, las tierras a labrar eran muy buenas y se contaba con algunos animales de trabajo pero que las raciones de comida, además de ser pequeñas, consistían en alimentos propios de la dieta mexicana, principalmente maíz y frijoles.³⁸ Estos relatos presentan invariablemente a los negros como víctimas ignorantes, quienes primero creyeron en las promesas de los agentes de colonización y, posteriormente, se vieron a merced del despiadado sistema de explotación característico de las haciendas mexicanas.

Prosiguió entonces un tenso *impasse* que puso en camisa de once varas a los representantes consulares de Torreón y Piedras Negras. La presión provenía de todos los frentes: el gobierno estadounidense con oídos sordos, los afroamericanos, enfermos y destituidos, decididos a recibir ayuda oficial, y las autoridades mexicanas, lavándose las manos de cualquier obligación, los apremiaban a ocuparse de las necesidades básicas de sus ciudadanos.

Finalmente, el 26 de julio, el gobierno federal estadounidense se vio en la necesidad de hacer ciertas concesiones ante la tozudez de los afroamericanos, las insistentes solicitudes de los agentes consulares y la presión pública. El presidente Grover Cleveland emitió un decreto ejecutivo en el que se ordenaba al Departamento de Guerra iniciar una serie de acciones encaminadas a brindar ayuda a los inmigrantes varados en Coahuila. El general Bliss, apostado en San Antonio, recibió instrucciones de enviar 1 500 raciones alimenticias pertenecientes al ejército a Eagle Pass, Texas,

³⁷ *The Galveston Daily News*, 25 de abril de 1895.

³⁸ *The Galveston Daily News*, 30 de abril de 1895.

para su posterior distribución entre los afroamericanos que se encontraban al sur de la frontera. Otra de las medidas de auxilio fue enviar a México al Dr. Eyck, cirujano militar, para que atendiera las necesidades médicas de los ex colonos.

La apuesta de Cleveland era acallar las críticas con una muestra abierta de apoyo a los ciudadanos sin ceder del todo ante las peticiones de los afroamericanos. El presidente esperaba que, una vez calmados los ánimos, los inmigrantes optaran por volver a Tlahualilo para proseguir con su proyecto original. La repatriación del grupo con financiamiento oficial seguía sin vislumbrarse como una salida viable del embrollo, pues el Congreso se empeñaba en negar recursos. Pocos días tuvieron que pasar, sin embargo, para que el gobierno federal diera su brazo a torcer ante la evidente obstinación de los ex colonos que siguieron firmes en sus peticiones.

La situación se tornó insostenible y el Departamento de Estado tuvo que tomar medidas urgentes para resolver de una vez por todas el asunto aun sin la colaboración de los congresistas, quienes seguían sin aprobar fondos destinados a costear la repatriación de los afroamericanos. Dicha dependencia gubernamental autorizó al cónsul Sparks a entrar en negociaciones con compañías ferroviarias que pudieran transportar a los futuros repatriados de Torreón a Eagle Pass. Con la promesa oficial de que el gobierno federal cubriría los costos de traslado en cuanto el Congreso asignara los fondos, el agente consular obtuvo tarifas especiales de la Mexican International Railroad Company.

Conforme iban cruzando la frontera, los afroamericanos eran conducidos al Campamento Jenner, lugar designado por el gobierno para concentrar a los recién llegados hasta que cumplieran con una obligada cuarentena. El campamento, ubicado a pocas millas de Eagle Pass, estuvo bajo la autoridad del Dr. George Magruder, cirujano del servicio médico militar. La presencia de personal armado resguardando el campo se debió primordialmente a la necesidad imperiosa de controlar un potencial contagio epidémico que se extendiera por Texas, sin embargo, también sirvió para reforzar la percepción de la gente de color como un grupo indisciplinado, irracional y rebelde que debe estar en permanente vigilancia. Cuando Magruder llegó a Jenner se alarmó por el caos y la desorganización que, según su punto de vista, privaban en el sitio. Le horrorizó ver que

todos los internos se mezclaban entre sí sin reparar en que muchos estaban enfermos. Inmediatamente, el cirujano se encargó de imponer orden y disciplinar a los afroamericanos que hasta antes de su llegada hacían lo que les daba la gana. Puso en marcha medidas marciales para regular la vida en el campamento temporal, determinando incluso espacios restringidos para diferentes categorías de internos.³⁹

Una vez cumplido el periodo de cuarentena estipulado, los internos eran liberados y transportados desde Eagle Pass hasta Nueva Orleans, Luisiana, en vagones de la Southern Pacific Railroad Company. En dicho puerto los viajeros cambiaban de tren y abordaban trenes pertenecientes a la Louisville and Nashville Railroad Company para completar el último tramo del trayecto, el cual finalizaba en Birmingham, Alabama. Sin embargo, completar esta última fase del trayecto de regreso a casa, ya en pleno territorio estadounidense, no fue nada fácil pues los emigrantes no fueron bien recibidos por sus propios compatriotas. Una vez más el gobierno federal, ejerciendo funciones que no le competían, tuvo que interceder antes de poder darle punto final al complicado asunto de Tlahualilo.

No cabe duda de que la imagen de los retornados afroamericanos como un lastre social repercutió en la reticencia de varias ciudades sureñas a recibirlos. La negociación con la compañía ferroviaria Southern Pacific se vio entrapada cuando las autoridades de Nueva Orleans, terminal de dicha línea, exigieron que se probara la contratación del siguiente tramo de traslado rumbo a sus destinos finales. Se advirtió que, de no cumplir con este requisito, se impediría el arribo de los trenes y el descenso de los pasajeros, pues no se toleraría que el gobierno “desechara” en tan importante puerto a un grupo de indigentes.⁴⁰

Incluso en Alabama, hogar de muchos de los retornados, había resistencia oficial a aceptarlos de vuelta. Desde Birmingham y Tuscaloosa se enviaron telegramas asegurando que las autoridades del lugar no permitirían parar en sus estaciones a los trenes donde se transportaba a los afroestadounidenses que salían de la cuarentena en Eagle Pass.⁴¹ El alcalde Vanhoose de Birmingham

³⁹ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, pp. 13 y 14, 26 de julio de 1895.

⁴⁰ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 28, 18 de septiembre de 1895.

⁴¹ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 32, 30 de septiembre de 1895.

informó que impediría el descenso de los refugiados en su ciudad hasta que no se le diera prueba de que el gobierno nacional se encargaría del traslado de las familias a sus condados de origen.⁴² Cabe mencionar que, durante su estancia en el campamento, muchos refugiados manifestaron que pretendían quedarse en Birmingham debido a que había más trabajo que en sus poblados nativos.

Esta respuesta a nivel local metió en aprietos al gobierno federal. Sin tener una responsabilidad oficial, las autoridades federales habían accedido a las demandas de los afroamericanos. Una vez que se les había ayudado en todo el proceso de repatriación, Washington ya no tenía otra opción más que encargarse del problema hasta su solución final. Sin embargo, desde la óptica local se cuestionaba: ¿por qué las ciudades tenían que sufrir las consecuencias de la reintegración de estos individuos cuando no se les debió de haber ayudado a regresar en un principio?

El Departamento de Estado tuvo que recurrir a diversas estrategias para aliviar las tensiones a nivel local y garantizar que los refugiados no se convertirían en mendigos, criminales o lacras sociales. Lo primero fue hacer labor diplomática con el alcalde de Birmingham para convencerlo de aceptar la llegada de los contingentes. Se ordenó a Emmet O'Neal, fiscal del distrito, entrevistarse con el alcalde y explicarle el conflicto nacional que ocasionaría al no dejar bajar de los vagones a los refugiados, como tenía planeado. Por supuesto, se daba a entender que si no había una respuesta favorable en una primera intermediación, Washington no dudaría en ejercer la presión necesaria para que el alcalde recapacitara y colaborara.⁴³ Después, para evitar que efectivamente los recién llegados se convirtieran en una carga pública para la ciudad de Birmingham, algunos funcionarios dedicaron tiempo a negociar la contratación de algunos de los refugiados en la industria de la construcción para asegurarles de antemano un empleo como obreros.⁴⁴

Para cuando esta desventura migratoria llegó a su fin, el gobierno federal había desembolsado alrededor de 15 000 dólares en el campa-

⁴² Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 40, 16 de octubre de 1895.

⁴³ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 28, 14 de octubre de 1895.

⁴⁴ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 36, 23 de septiembre de 1895.

mento de cuarentena, 600 dólares en raciones de alimentos y, en caso de pagar lo acordado con las compañías ferroviarias, 5 900 dólares más en gastos de transporte.⁴⁵ Como ya se mencionó, solamente 60 afroestadounidenses optaron por quedarse a cumplir el contrato acordado con la compañía y esperar la época de cosecha, 407 fueron repatriados por el gobierno estadounidense después de cumplir con una obligada cuarentena y el resto se dispersó sin que quedara registro alguno. Se estimaron alrededor de 70 decesos en Tlahualilo y 78 personas más, contagiadas de viruela, murieron en el trayecto entre la hacienda y el campamento de cuarentena en Eagle Pass, Texas.

La manera en que los retornados volvieron a suelo estadounidense fue significativa para refrendar en la opinión pública de Estados Unidos una serie de percepciones raciales que distinguían a la población negra del resto de sus connacionales. En primera instancia, resalta el carácter dependiente asociado con el afroamericano. El informante Charles Mackie reportó que, en su camino de vuelta a Georgia y Alabama, algunos ex colonos se dedicaron a contar historias exageradas sobre su triste aventura mexicana a los blancos que encontraban en las calles para despertar su compasión y, así, obtener dinero.⁴⁶

La poca disposición de los refugiados para aprovechar las oportunidades laborales que se les presentaron durante la crisis y su empeñamiento en que el gobierno resolviera sus problemas no pasaron desapercibidos para las autoridades estadounidenses. En su informe del 27 de julio de 1895, el cónsul McCaughan, apostado en Durango, hizo saber al Departamento de Estado que el presidente de la Velerdena Mining Company, J. F. Matthews, se acercó a él ansioso por ofrecer trabajo a los ex colonos que quisieran laborar en sus refinerías. El capitalista minero propuso un contrato de trabajo a 50 hombres en el que se comprometía, además, a pagar sus gastos de transporte y hospedaje tanto para los trabajadores como para sus familias. Nadie tomó el trabajo.⁴⁷

⁴⁵ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª Sesión, doc. 169, p. 42, 3 de octubre de 1895.

⁴⁶ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, p. 8, 22 de junio de 1895.

⁴⁷ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, p. 15, 27 de julio de 1895.

Otros administradores de minas también vieron en estos migrantes varados un buen contingente laboral. W. L. Eaton les ofreció trabajo como transportistas de material minero. El interés por contratar a los ex colonos también se presentó en Estados Unidos, mientras se organizaba el traslado de los individuos que salían de cuarentena en Eagle Pass hacia Georgia y Alabama. El cónsul Sparks recibió cartas de dueños de plantaciones en Texas que pretendían contratar a los varones que estuvieran en buena forma física.⁴⁸

Estas oportunidades fueron absolutamente rechazadas por los ex colonos bajo el argumento de que, en muchos casos, se les obligaría a la separación de familias. Mientras los varones podían encontrar empleo fácilmente en el campo y las montañas las mujeres y niños tendrían que laborar en las ciudades. Ninguno de los refugiados estaba dispuesto a hacer este sacrificio, se negaban tajantemente a dispersarse por motivos laborales. Además, todos seguían insistiendo en que el gobierno tenía que repatriarlos y abiertamente preferían recurrir a la caridad, ya fuera mexicana o estadounidense, antes que emplearse.

Por supuesto, esta actitud molestó al cónsul McCaughan, quien desesperado ante la situación de los afroamericanos expresó claramente su punto de vista: “If work can be secured the people must understand plainly that they must accept it or shift for themselves. If they refuse work when it can be had they need not expect any further help”.⁴⁹ También para el Departamento de Estado resultaba incomprensible e inaceptable que individuos capaces y en condiciones de trabajar se empeñaran en demandar ayuda pública que no les correspondía. Desde Washington, un funcionario de apellido Olney, quien había recibido informes de los desplantes de los refugiados frente a las posibilidades de empleo, preguntó incrédulo al cónsul Sparks: “Is this statement correct? It would seem that parties able to work ought not to ask charity from Government”.⁵⁰

⁴⁸ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, p. 28, 18 de septiembre de 1895.

⁴⁹ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, p. 19, 24 de julio de 1895.

⁵⁰ Senado de Estados Unidos, 54 Congreso, 1ª sesión, doc. 169, p. 29, 19 de septiembre de 1895.

El fracaso colonizador revelaba una importante moraleja: los afroamericanos no tenían la capacidad de adaptarse a la vida en ningún otro sitio fuera de los estados sureños, donde yacían sus raíces históricas. Ni en México, ni en África, ni en ningún destino caribeño donde se propusieran emigrar encontrarían su hogar; tampoco funcionarían en otras regiones de Estados Unidos, como lo comprobaban los fracasos de colonización interna. El constante retorno al sur de los afroamericanos que se aventuraban a migrar corroboraba el error que significaba tal decisión; constituía, de alguna manera, una exhortación a reconocer las ventajas que se ofrecían en el sur para su gradual progreso, a minimizar la relevancia de la discriminación racial y a aceptar de una vez por todas una incondicional permanencia en sus terruños de origen, situación más que conveniente para los blancos sureños: “Without appreciable exception the testimony of the emigrants has been like the wall of homesick exiles pining for the old habitats in the South as the dearest, most congenial and most delightful spots on Earth”.⁵¹

APUNTES FINALES

Los ciclos migratorios, analizados con una visión de conjunto que integre todas sus etapas, aportan información relevante para comprender la compleja interacción entre los migrantes, su sociedad de origen y las diversas instancias de poder nacional. Estos casos son particularmente importantes cuando la investigación se enfoca en el estudio de grupos minoritarios, cuya posición marginal y relación tirante con la sociedad hegemónica, se puede reconfigurar a partir de su participación en tales ciclos migratorios. El bien documentado caso del grupo de afroestadounidenses que migraron a Tlahualilo no sólo muestra la importancia que tuvo la hostil relación que privaba entre los representantes de la minoría racial y su sociedad de origen en la decisión de emigrar, sino que también revela las repercusiones de este proceso migratorio en dichas dinámicas.

El tortuoso retorno de los colonos revela que la experiencia migratoria contribuyó, por un lado, a reforzar el constante sentimiento de desam-

⁵¹ *The Galveston Daily News*, 21 de septiembre de 1895.

paro y traición que caracterizó la relación de la minoría racial con las autoridades estadounidenses desde el periodo de Reconstrucción que siguió a la Guerra Civil, y, por el otro, a consolidar estereotipos peyorativos firmemente enraizados en el imaginario colectivo hegemónico respecto a la minoría racial en cuestión. El análisis de esta fallida experiencia migratoria revela con claridad que algunos cruces fronterizos, tradicionalmente considerados como sucesos anecdóticos, aislados y efímeros, son, en realidad, coyunturas significativas para explicar las complejas interacciones entre minorías sociales, sociedad hegemónica y gobierno al interior de una nación.

BIBLIOGRAFÍA

- BITTLE, William y Gilbert GEIS
 1957 “Racial Self-Fulfillment and the Rise of an All-Negro Community in Oklahoma”, *The Phylon Quarterly*, Atlanta, vol. 18, núm. 3, pp. 247-260.
- DANIELS, Roger
 1997 “Going to America: Observations on the Historiography of Immigration”, *American Studies*, Heidelberg, vol. 42, núm. 3, pp. 333-343.
- DONALSON, L’Trice
 2013 “Lincoln’s Latin American Experiment: African American Relocation to Central and South America, 1861-1865”, ponencia presentada por la autora en la 79ª Reunión Anual de la Southern Historical Association, San Luis, Missouri, 31 de octubre-3 de noviembre de 2013.
- FONER, Eric
 1988 *Reconstruction. America’s Unfinished Revolution*, Perennial Classics, Nueva York, 736 pp.
 2005 *Forever Free: The Story of Emancipation and Reconstruction*, Vintage Books, Nueva York, 268 pp.
- GOLD, Robert
 1969 “Negro Colonization Schemes in Ecuador, 1861-1864”, *Phylon*, Atlanta, vol. 30, núm. 3, pp. 306-316.
- GOLDSTONE, Lawrence
 2011 *Inherently Unequal. The Betrayal of Equal Rights by the Supreme Court, 1865-1903*, Walker & Co., Nueva York, 241 pp.

- HAMILTON, Kenneth
1963 "The Origins and Early Promotion of Nicodemus: A Pre-Exodus, All Black Town", *Kansas History*, Topeka, núm. 5, pp. 220-242.
- HAYWOOD, Robert
1989 "The Hodgeman County Colony", *Kansas History: A Journal of the Central Plains*, Topeka, núm. 12, pp. 210-221.
- JACOBY, Karl
2004 "Between North and South: The Alternative Borderlands of William H. Ellis and the African American Colony of 1895", en Samuel Truett y Elliot Young, *Continental Crossroads. Remapping U.S.-Mexico Borderlands History*, Duke University Press, Durham, pp. 209-240.
- SAADE, Marta
2009 "Inmigración de 'una raza prohibida': afro-estadounidenses en México (1924-1940)", *Aztlán*, Los Ángeles, vol. 34, núm. 1, pp. 169-192.
- SALAZAR, Delia
1996 *La población extranjera en México (1895-1990). Un recuento con base en los censos generales de población*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 488 pp.
2010 *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales, 1880-1914*, Instituto Nacional de Migración/Instituto Nacional de Antropología e Historia/DGE Ediciones, México, 459 pp.
- SITTON, Thad y James CONRAD
2005 *Freedom Colonies. Independent Black Texans in the Time of Jim Crow*, University of Texas Press, Austin, 2005, 257 pp.